

sonaban en mi cabeza. Haz que se trabe con los pies y así aprovechas que se tropieza y le golpeas la cara, hasta que te canses, hasta que no pueda mantenerse en pie. *No puedo reprocharte que me abandonararas cuando fui yo quien la mató.* ¡Toma agua, Facu! Cierra los ojos, voy a echártela por la cara. *Dicen que eras guapa y buena y tu risa no canta mi peina la brisa. Nunca podré perdonarme.* Relaja los hombros. Estira las piernas. Voy a masajéartelas. *Tendría que haber sido yo, y no en ella, quien pereciera aquel día que no recuerdo.* Ya lo tienes. No puede con su alma. Un asalto más y cae redondo. *Si supieras el hijo en que me he convertido, volverías al encaje de flores, a la corona de la cúpula celeste. Y la pena se viste lavándome la cara.* Pimiento me abrazaba y me besaba, después de que el árbitro levantara mi brazo, con tanto ímpetu que casi me lo sacó del sitio.

La infección de la abuela exigió antibiótico en vena. Onésimo se recuperaba de la resaca en la sala de espera. Yo aún llevaba el pelo mojado y la nariz parchada tras el profuso hielo. ¿Has

ganado? Asentí con la cabeza. Me da miedo que se muera, me dijo casi poniéndose a llorar. Y yo lo rodeé con el brazo y Onésimo apoyó su cabeza en mi hombro. Desde la puerta de la habitación oí el murmullo de la enfermera; o tal vez de un aparato porque el codo del pasillo apagaba el sonido. Dije: La abuela Carmiña es una mujer fuerte. Voy a comprar una casa y podremos vivir allí los dos juntos. Yo publicaré todos tus libros. Don Francisco de Quevedo y Villegas estará orgulloso de ti.

Rodrigo Díaz Cortez nació en Santiago de Chile en 1977. Afincado en España desde el año 2001, ha publicado los volúmenes de cuentos *La taberna del vacío* (2000) y *Metales rojos* (2017) y las novelas *El peor de los guerreros* (2011) *El pequeño comandante* (2011), *Música para pistoleros* (2019, Premio de Vicente Blasco Ibáñez de narrativa), *Poeta bajo el mar* (2020, Premio de novela de la Diputación de Córdoba), y *La orquesta imaginaria* (2021).

El Ángel Negro

Rigoberto Martínez Escárcega

Ángel Hernández Triana llevó por primera ocasión a Nicolás Bravo a trabajar en el burdel que su tío Carbajal instaló a las afueras del pueblo. El tío, hijo de una hermana de la abuela materna, era dueño de varias cantinas abiertas en los pueblos y las rancherías enclavadas en la sierra de Chihuahua. El auge de la explotación forestal había dado a los negocios del tío Carbajal un éxito efímero.

El burdel estaba instalado en una casa vieja, construida con adobes de tierra, techos de madera y paredes pintadas con cal. La sala principal hacía las veces de cantina y pista de baile.

En el fondo de la sala se instaló un pequeño templete donde se presentaban los espectáculos nocturnos. Se contaba con diez habitaciones unidas por un pasillo oscuro y lúgubre. Los escusados y los retretes se ubicaban en el patio de la casa, a un lado del corral de cerdos. El éxito del negocio se debía a las doce muchachas que rotaban de burdel cada mes, dispuestas a trabajar a cualquier hora según las exigencias de los clientes. La actividad más lucrativa era la renta de prostitutas para fiestas privadas de narcotraficantes. Los problemas de permisos y licencias de funcionamiento expedidas por parte de autoridades se resolvían

a base de corrupción y sobornos. El prostíbulo tenía funcionando más de tres años y se mantenía como la principal atracción nocturna en la región.

Ángel, con apenas veinte años recién cumplidos, se vio de pronto inmiscuido en el ambiente más sórdido que jamás pudo imaginar en su vida. El tío Carbajal; lo nombró el principal responsable del lugar, como adivinando sus habilidades extraordinarias de administrador. Ángel desarrollaba varias tareas en el burdel: despachaba las bebidas detrás de la barra, llevaba el control de las meseras, registraba el ingreso en los cuartos y tenía al corriente las finanzas del negocio. Sus aliados en ese antro de mala muerte eran dos luchadores escapados de un circo y una escopeta de doble cañón, siempre cargada y lista para usarse. Ángel, al igual que los demás empleados, vivía y trabajaba de tiempo completo en el burdel. Así que su mundo externo se restringía a la relación que establecía con los clientes y los proveedores. Ángel integró un registro minucioso con la fecha, el nombre y el monto de consumo de “personajes importantes” que frecuentaban el lugar. En ese registro aparecía con letra mayúscula el nombre del presidente municipal, el recaudador de rentas, el comisario ejidal, el titular de seguridad pública, el director de la escuela secundaria, el ingeniero agrónomo responsable de la unidad forestal, el párroco del pueblo, el cacique de la región, los principales líderes del cártel de la droga que controlaban la zona, los representantes de los partidos políticos, y demás.

Cierto sábado por la noche, se reportó indispuerto el compañero de baile de la muchacha más aclamada del lugar. Así que Ángel, después de muchas negaciones, se vio en la necesidad de vestirse con unas mayas negras ajustadas y sustituir al bailarín. Fue el escarnio de la noche. Los clientes, sorprendidos, le gritaron piropos a manera de burla. Desde entonces, se le quedó al burdel el nombre de El Ángel Negro.

A pesar de las predicciones que corrían en su contra, Ángel llevó las finanzas del burdel a su máximo esplendor. Ángel era honrado y metódico con las cuentas que cada ocho días rendía a su tío. El Ángel Negro se convirtió en la principal fuente de ingresos del tío Carbajal. El sobrino ya se preparaba para ocupar el puesto de administrador general de los negocios de su tío, cuando, para su mala o su buena suerte según se vea, se presentaron dos acontecimientos inesperados.

Un día muy de madrugada, llegó el señor cura a realizar una de sus visitas acostumbradas al burdel. Preguntó por las muchachas recién llegadas y se le ofreció una mulata con temperamento de fuego. El eclesiástico no aguantó ni el primer asalto en la cama. Murió de infarto justo antes de llegar a las puertas del paraíso. Ángel, frente al escándalo público que se avecinaba, acudió de inmediato con el presidente municipal. El funcionario de gobierno, con prontitud y sangre fría, mandó a un par de policías para que recogieran el cadáver del párroco y lo depositaran en la sacristía. El asunto no pasó a mayores, pero desde entonces Ángel se dio cuenta que el éxito de El Ángel Negro había llegado a su fin.

El acontecimiento que marcó el cierre definitivo de los negocios clandestinos del tío Carbajal se suscitó un viernes por la tarde de un caprichoso mes de febrero. El Ángel Negro brindaba servicio las veinticuatro horas del día, sólo se suspendían las actividades un rato por la mañana para realizar la limpieza general. Ese día, como a la una de la tarde, llegó un grupo de clientes nuevos derrochando montones de dinero. Ordenaron comida y bebida gratis para todos los allí presentes. Luego pidieron que todas las muchachas se dedicaran de forma exclusiva a complacerlos. Ángel notó un extraño olor a infierno en el ambiente. Los recién llegados tenían un inconfundible acento de Sinaloa; eran los nuevos narcotraficantes que tomaron el control de la zona. Cerca de

las seis de la tarde, los visitantes desconocidos estaban completamente ebrios.

De pronto, ingresó al burdel un joven de unos trece años, fijó su atención en los comensales y, antes de retirarse, le entregó a Ángel un recado escrito en un pedazo de papel. Ángel centró su atención en el recado. No entendía o no podía dar crédito a lo que veían sus ojos. Después de dos minutos de vacilación, en completo silencio, Ángel dobló el recado, tomó el libro de cuentas y salió a toda prisa del lugar. Diez minutos más tarde llegaron varios pistoleros en dos camionetas de modelo reciente, entraron de forma abrupta al burdel y masacraron a las personas allí presentes. Dispararon con ametralladoras de alto poder contra los clientes, las bailarinas y los empleados del burdel. Luego, recorrieron cada habitación para asegurarse de que nadie quedara con vida para contarlo. Ángel, corriendo por el bosque, se juró a sí mismo que nunca más regresaría a ese maldito lugar. Se recargó en un pino a tomar un poco del aire que se le escapó de los pulmones. Allí escuchó los primeros disparos. Cerró los ojos y, después de sentir un terrible escalofrío que recorrió su cuerpo, volvió a leer el recado que tenía apesado en su puño derecho: “Corre, salva tu vida, antes de que llegue el apocalipsis”.

Ángel Hernández Triana llegó a la ciudad de Chihuahua dispuesto a enfrentar cualquier tipo de obstáculo que se interpusiera en su propósito de ingresar a la carrera de medicina. Cuando se bajó del autobús de pasajeros traía consigo veinte pesos en la bolsa. No conocía a nadie y no tenía ni la más mínima idea de por dónde comenzar la nueva vida de estudiante universitario. En la cabeza resonaban todavía las palabras de desaliento que su madre le había escupido a la cara antes de partir de casa.

—¿Adónde vas? ¿Para qué quieres estudiar? Sólo vas a perder el tiempo. Mejor ponte a tra-

bajar con tu hermano en el mercado. No seas ingrato. Tienes la obligación de mantener a tu pobre madre. No puedo moverme. Estoy atada a esta silla de ruedas. Vas a fracasar. Te vas a morir de hambre.

Ángel caminó sin prisa a la plaza principal de la ciudad. Se sentó en una banca frente a un puesto para lustrar zapatos, y pidió prestado un pedazo de periódico. Centró su atención en la sección de empleos. Subrayó varias opciones y preguntó sobre la ubicación de la calle Rosales. Se dirigió al objetivo con pasos seguros. Buscó el número de la dirección durante varias cuadras y finalmente se topó con una pequeña casa de dos plantas que se encontraba al lado de una nevería. Tocó fuerte en la puerta del garaje.

— Buenas tardes. ¿Vive alguien?

—¿Qué pasó? ¿Qué se te ofrece, muchacho?
— preguntó una voz desde interior en un tono de desconfianza.

—¿Es aquí en donde solicitan vendedores? Vengo por el anuncio en el periódico.

Abrió la puerta de servicio un hombre bajo, regordete y calvo. Luego sacó unas llaves del bolso del pantalón con las que abrió un candado y desplegó la cortina metálica que aseguraba la puerta del garaje.

—Pasa, muchacho. Toma asiento en donde puedas — indicó en un tono familiar el hombre regordete.

Ángel observó con asombro y curiosidad una bodega repleta de libros nuevos. Desocupó una silla invadida por un montón de catálogos, y se acomodó frente a un viejo escritorio.

—Vamos a ver. Pláticame: ¿cómo te llamas?, ¿cuántos años tienes?, ¿de dónde vienes?, ¿a qué te dedicas?

—Mire, mi nombre es Ángel Hernández Triana, vengo de Ciudad Juárez, tengo veintidós años, y estoy decidido, cueste lo que cueste, a cursar la carrera de medicina.

—¡Ah, qué caray! ¡Tienes agallas! Y ¿por qué estás interesado en trabajar como vendedor?

—Pues, porque acabo de llegar a la ciudad, no traigo ni un peso en la bolsa y no tengo dónde dormir. Así que estoy dispuesto a realizar cualquier cosa —contestó Ángel con determinación.

—Caíste en buenas manos. Yo me dedico a vender enciclopedias y libros de texto. Como puedes ver, aquí hay muchos libros de medicina que vas a necesitar para estudiar —añadió con un aire de complicidad el hombre regordete.

— Y... ¿cuál es el salario?

—En este negocio trabajamos por comisión. Tu salario depende de los libros que logres vender.

—No tengo muchas opciones. Sólo me preocupa una cosa.

— ¿Qué es lo que te preocupa?

—Morirme de hambre antes de que pueda vender mi primer libro.

— ¡Ah qué muchacho! ¡Tú sí que saliste bueno para negociar! Mira, te puedes quedar aquí en el almacén, sirve que me cuidas los libros. Te voy a dar un adelanto de tu comisión para que empieces, y te voy a recomendar con unos amigos en la facultad de medicina. ¿Cómo la ves?

— ¡Excelente! No puedo pedir más. ¿Cuál me dijo que era su nombre?

—No te dije. Me llamo Anselmo Martínez.

—Pues, trato hecho, don Anselmo. Ya tiene a su nuevo vendedor —dijo con entusiasmo Ángel, al tiempo que estrechaba la mano a don Anselmo para cerrar el trato.

Ángel resultó mucho mejor vendedor de lo que pudo imaginar don Anselmo. Inició su nuevo oficio con precaución, pero con entusiasmo. Se instaló a vivir en la bodega de libros y se matriculó en la escuela de medicina. Su tiempo libre lo dedicaba a vender libros. Empezó por su propia escuela. Se dedicó a recorrer las facultades y las escuelas de la ciudad. Ángel identificó los sectores estratégicos en el negocio. Los libros de la carrera de derecho eran los más cotizados. Otro sector que tampoco desatendió fue la venta de enciclopedias casa por casa. El trabajo se amoldaba a los horarios de la escuela. Las noches las dedicaba a leer como desesperado los libros que tenía a su alrededor. Durante los cinco años en que cursó la carrera de medicina, Ángel pudo leer un mar de libros. Leyó por orden. Primero a los clásicos del pueblo griego: Homero, Sófocles, Eurípides y Esquilo. Después a los renacentistas: Boccaccio, Dante y Petrarca. Luego tomó al Siglo de Oro español: Cervantes, Lope de Vega, Juan Ruiz de Alarcón, Tirso de Molina, Francisco de Quevedo y Pedro Calderón de la Barca. No podían faltar los alemanes clásicos: Goethe, Schiller y Hölderlin. Los románticos: Heine y los hermanos Grimm. Los contemporáneos: Thomas Mann, Franz Kafka, Hermann Hesse y Bertolt Brecht. Devoró a los franceses: Chateaubriand, Sand, Balzac, Víctor Hugo, Dumas, Baudelaire, Stendhal, Flaubert, Maupassant. De los ingleses: todo Shakespeare y todo Dickens. Estudió con especial atención a los rusos: Dostoievski, Tolstoi y, por supuesto, Máximo Gorki. En su lista también se incluyó al *boom* latinoamericano, empezando por Carpentier, García Márquez, Cortázar, Vargas Llosa, Carlos Fuentes y terminando con la poesía de Octavio Paz. Los mexicanos que engulló como platillo principal fueron Juan Rulfo, Mariano Azuela, Agustín Yáñez, José

Agustín, Fernando Benítez, José Emilio Pacheco y, su favorito, Jorge Ibarguengoitia. En fin, Ángel leyó de cabo a rabo la literatura universal que la editorial Porrúa publicó en una colección de más de quinientos libros denominada: "Sepan Cuántos". También le dio por leer libros de marxismo y psicoanálisis, esos serían sus fieles compañeros por el resto de su vida. En el negocio de los libros se volvió una persona culta y bien informada. Lo más agradable de esos años de estudiante universitario fue que la familia de don Anselmo lo adoptó como a un hijo predilecto. En asuntos de amores, Ángel no registró en su alma nada especial. Se ponía su bata blanca que le exigían en la facultad de medicina y salía a caminar por el centro de la ciudad. Con sus aires de médico en ciernes conseguía ligarse de vez en cuando una chica prometidora, sin establecer ningún tipo de compromiso. Así que esos años fueron de lectura, estudio y amores efímeros.

32

Don Anselmo pudo pronto descubrir el talento de Ángel para las relaciones comerciales, así que además de incorporarlo a su familia lo convirtió en su administrador. Ángel le generó grandes ganancias a don Anselmo. Los ingresos de Ángel le permitían mandar dinero a su madre y a sus hermanos de forma permanente. Las cosas no podían estar mejor. Ángel terminó sus estudios de medicina, así que tenía que salir de la ciudad a realizar su servicio social. Sabía que su vida no estaba destinada al negocio de la venta de libros, pero la carrera de medicina no terminaba de saciar su imaginación y, menos cuando le dio por enarbolar ideas comunistas.

Un día por la tarde, Ángel pasó a la casa de un antiguo cliente a llevarle un libro solicitado de forma especial. Era uno libro de Alexandre Koyré, un historiador de la ciencia con ideas extravagantes. No podía dejar pasar la oportunidad de entablar una conversación con una persona que realizaba una lectura tan fuera de lo común. Ángel encontró a su cliente regando las plantas de su jardín.

—¿Qué tal? ¿Qué novedades me tienes? Eres como el Melquíades de Gabriel García Márquez. Siempre me pones en contacto con las maravillas del mundo.

— Buenas tardes, profesor, ¿cómo está usted?

— Bien, muchacho. ¿Qué traes en ese paquete?

— Es el libro que encargó. Fue difícil conseguirlo, pero aquí lo tiene. Me lo envió de la Ciudad de México un conocido que se dedica a la venta de libros usados. Este libro ya no se ofrece en las librerías.

— Te lo agradezco. Pero, siéntate muchacho. Eres una verdadera enciclopedia andando — dijo el profesor en tono de respeto al mismo tiempo que tomaba asiento en una de las sillas que tenía acomodadas frente a su casa.

— Dígame, profesor, ¿por qué le gusta Koyré?, ¿qué tiene de especial este autor?

— Es un epistemólogo francés. Tiene una mirada muy interesante sobre la historia de la ciencia. Es una postura antipositivista. Ese tipo de flores no se cultivan todos los días en mi jardín.

— ¿Le interesa la vida de Galileo Galilei?

— No. En realidad, no me interesa lo que investiga Koyré, me apasiona su método de indagación histórica, su posicionamiento teórico. Pero deja de preguntar cosas extrañas y cuéntame, ¿cómo va tu carrera de medicina?

— Ya terminé. Ahora, sólo me falta el servicio social.

— ¿Y qué vas a hacer cuando termines tu servicio social? ¿Vas a cursar alguna especialidad? ¿En qué consultorio se va a desperdiciar una mente tan brillante como la tuya, muchacho?

— No sé. No estoy seguro. Quisiera brindar mis servicios profesionales en una comunidad



... ~~SI NO SABES DE QUÉ HABLO, PUES PREGUNTESELO A~~ ÉL...



~~si no sabe quién es él pues no se lo sabe~~

(???)

Sebastián Antonio Restrepo. *Libro en pos* (veintisiete piezas). Dibujo con lápiz de grafito. Premio Nacional de Artes Visuales. 2006.

rural, en algún lugar donde mi vida sea de utilidad social.

— ¡Ah! ¿Tú quieres ser como ese médico argentino, como el Che Guevara, que dio su vida por la Revolución cubana? ¿Verdad?

— Algo así. No quiero convertir a la medicina en una cochina actividad lucrativa.

— Si tú lo que quieres es convertirte en un luchador social, te voy a ofrecer la mejor oportunidad de tu vida. ¿Qué te parece si te consigo una plaza de maestro y te vas como director de una secundaria a un pueblo de la sierra? Como sabes, estoy encargado del departamento de secundarias técnicas en las oficinas estatales de la Secretaría de Educación Pública. En este preciso momento estamos requiriendo un director. Es una plaza de tiempo completo con uno de los mejores salarios que tiene el servicio público. Además, allí vas a tener materia de trabajo para que hagas tu revolución. ¿Cómo la ves?

— No suena mal. Deje lo pienso — contestó Ángel, meditabundo.

— ¡No! ¡No hay tiempo para pensarlo! ¡O la tomas o la dejas! Si me dices que sí, mañana mismo te afilias y asumes el puesto de trabajo. Si me dices que no, se la damos a otra persona. Hay una fila incontenible de solicitudes. Así son estas cosas. Las buenas oportunidades se presentan de forma inesperada una sola vez en la vida.

— Pues, ¿qué le digo? Está bien. Acepto. Me voy como profesor al último rincón de la patria. ¿Y cómo se llama el pueblo donde está esa secundaria?

— Es un pueblo aguerrido. Está en las faldas de la sierra de Chihuahua. Se llama Nicolás Bravo.

¡Qué vueltas da la vida! A cinco años de la masacre en El Ángel Negro, regresé al pueblo de Nicolás Bravo a ocupar el puesto de director en la única escuela secundaria que hay en la región. Decidí comenzar una nueva vida. Cambié de aspecto para que nadie me reconociera. Me dejé crecer el pelo y la barba. Me presenté ante el personal de la escuela secundaria como médico titulado y como director. Esto de la medicina me daba ciertos aires de respeto. Me instalé en una de las casas del maestro que están al lado de la escuela, me sumé al grupo de profesores foráneos que eran asistidos en alimentos por una buena cocinera del pueblo y me apresté, con un entusiasmo sin igual, a transformar el mundo.

Empecé por realizar una auditoría a la gestión de mi antecesor. Cuál sería mi sorpresa cuando, al revisar la contabilidad de la escuela, encontré un desfaldo de escandalosas proporciones. En teoría, se registraba un excedente de varios miles de pesos, pero, en la caja de la escuela, no había un solo quinto partido por la mitad. En facturas pagadas a precios exorbitantes, se contaba con varios tractores para la producción agrícola, corrales de experimentación ganadera y equipamiento moderno para los talleres de industrias rurales. En los hechos, sólo encontré una yunta desvencijada, dos cerdos raquíuticos y un molino para nixtamal, oxidado. Las instalaciones de la secundaria estaban tan viejas y descuidadas, que lo primero que me pasó por la mente fue declararla patrimonio arqueológico de la humanidad. En cuanto a los recursos humanos, el panorama era más desalentador. El personal era incompetente y estaba dividido. Identifiqué a dos clanes familiares en estado de guerra permanente. Los chismes, las intrigas y los golpes bajos fue todo lo que me pudieron reportar. No contaba con un solo profesional titulado en la planta de profesores. Sólo pude identificar en el frente de guerra: haraganes, oportunistas y vividores. Convoqué a una reunión general de padres de familia para presentarme y de-

nunciar el estado deplorable de la institución. Por respuesta obtuve una actitud fría e indiferente. Elaboré una lista detallada de los hechos y la entregué al sabio profesor que dirigía las escuelas secundarias a nivel estatal. El profesor me recibió con una sonrisa en el rostro y me recomendó un libro de Antón Makárenko, un pedagogo ruso que dirigió un colegio de delinquentes juveniles en condiciones peores a las que encontré. En medio de una crisis de vocación, las lecturas de Makárenko fueron una llama luminosa en el fondo de una oscura caverna. No sabía por dónde empezar, pero tenía una esperanza infundada en un futuro menos desalentador para la comunidad. Me pasaron dos acontecimientos que cambiaron de forma radical mi vida.

La mayoría de los docentes tenían un contrato temporal, así que me propuse despedirlos e invitar a los mejores profesores de la región a trabajar en la secundaria. Recorrí las escuelas primarias y conformé un nuevo equipo de trabajo. Tuve la fortuna de conocer a Amelia, la criatura más hermosa, entusiasta y comprometida del universo. Amelia era una joven profesora recién egresada de la Escuela Normal. Trabajaba en una escuela primaria en el turno matutino. Su belleza y su personalidad eran simplemente arrolladoras. Su pelo era rubio, su piel blanca como el marfil, perfil romano y cuerpo de diosa. Amelia era como el Quinto Sol de la profecía azteca, dotada con un poder inexplicable de seducción. Amelia era entusiasta pero pertinente, amable pero distante, propositiva pero realista, humana pero justiciera, apasionada pero sagaz. Tenía una conciencia de clase que le permitía mirar el mundo de una forma original. Cuando la vi por primera vez estaba platicando con unas madres de familia fuera del aula de clases. No pude evitar desvestirla con la mirada y fantasear con su cuerpo desnudo. Era una mala costumbre que adquirí en los años en los que trabajé en El Ángel Negro entre un montón de mujeres desinhibidas. Amelia descifró

mi mirada lasciva y me rechazó de inmediato. Ni siquiera se dignó a dirigirme un saludo de cortesía. Se dio media vuelta, cerró la puerta de su salón y continuó con su clase. Me vi en la necesidad de acudir al director de la escuela para poder acercarme a esa mujer en un plan más formal. Cuando la invité a trabajar en la secundaria me rechazó con el argumento de que tenía tres meses de embarazo y no podía, o no quería, aumentar sus responsabilidades profesionales. Insistí, no me di por vencido. Le dije que el embarazo no era un impedimento para colaborar en la secundaria, que, por el contrario, eso le permitiría mejorar sus condiciones laborales y fortalecer su seguridad social. Recibí una nueva negativa, pero yo volví al ataque. Le argumenté que el pueblo y la nación no se merecían que las clases de historia quedaran en manos de cualquier improvisado sin compromiso político con los grupos oprimidos. Entonces, encontré un oído receptivo y, finalmente, aceptó la invitación.

La llegada de Amelia a la escuela secundaria significó el inicio de una nueva etapa pedagógica. Era comunista y se lo hizo saber a todo el personal. Empezó por formar un comité de honor y justicia que, en los hechos, sustituía al comité sindical alineado a las políticas corporativas del gobierno. A partir de allí, los problemas laborales se encaraban de forma abierta y colectiva. Se acabaron las rivalidades entre el personal y se generó un ambiente de camaradería. Amelia no sólo se involucró de forma apasionada en sus clases de historia, sino que además renovó las actividades agrícolas y ganaderas. En poco tiempo echó a andar el taller de industrias rurales con tanto éxito que se empezaron a comercializar en la región los productos elaborados en la secundaria. En unos cuantos meses la escuela era autosuficiente. Se formaron los talleres de deporte y arte. Desde entonces, era común observar a los muchachos practicando algún deporte en los patios de la escuela o realizando alguna actividad cultural. Era como una

pequeña sociedad comunista, alegre, sin injusticias y sin desigualdades sociales. Amelia hizo de la secundaria un experimento de renovación social.

Otro acontecimiento importante en la vida de la escuela secundaria fue la relación que establecí con los “personajes importantes” de la región. Una mañana se presentó en la escuela el boticario del pueblo. Me pidió hablar en privado. De entrada, me amenazó con hacer público mi pasado en El Ángel Negro. Me exigió que renunciara a la dirección de la escuela y que me retirara del pueblo. Pasé varios días preocupado y cabizbajo. Pensé que mi pasado en El Ángel Negro me perseguiría como una maldición. Luego, recordé mi libro de cuentas que levanté en mis días aciagos en el burdel. Me presenté ante el boticario y le comenté que yo también guardaba algunos secretos que podía hacer públicos sobre su vida personal. Le dije que tenía registrados de forma detallada todos y cada uno de los días en los que había visitado el burdel. Le mostré las fechas, el monto de los consumos y los nombres de las mujeres con las que había saciado su apetito sexual. También le mostré los nombres de los amigos que le hicieron compañía en el burdel, entre los que se encontraban algunos hombres conservadores y de “buena reputación”. Lo amenacé con recurrir a varios testigos sobre el pasado de su vida nocturna. El resultado de mis argumentos fue contundente. El boticario no sólo cambió su tono amenazante, sino que acabó ofreciendo su “sincera” amistad. No desaproveché la oportunidad para pedirle, a cambio de mi silencio, una donación significativa y permanente de medicamentos al dispensario médico del pueblo, al que, por cierto, atendía en mis tiempos libres.

El procedimiento se repitió con la mayoría de los nombres anotados en el libro de cuentas de El Ángel Negro. De la noche a la mañana, desapareció la indolencia que habían mostrado los “personajes más importantes” de la región

con las instituciones públicas. Nadie podría imaginar que el fantasma de El Ángel Negro se convertiría en el ángel guardián de la escuela secundaria técnica de Nicolás Bravo. El único enigma que nunca pude resolver fue la autoría del recado que me salvó la vida aquel día fatal de la masacre perpetuada en ese antro de mala muerte.

Llegué al pueblo de Nicolás Bravo deprimida y con un sentimiento de abandono. Tres años después, me retiré de ese lugar como una profesionista realizada, respetada y feliz. No cabe duda de que la llegada del maestro Ángel Hernández Triana cambió la vida de la región. No recuerdo cómo lo conocí, el caso es que me invitó a trabajar como maestra de historia en la escuela secundaria. No sólo iniciamos una renovación de la vida escolar, sino que fundamos una célula del Partido Comunista. Empezamos un proyecto político de transformación social. La compañía Bosques de Chihuahua se había apropiado, de forma indebida y con el beneplácito del gobierno, varios miles de hectáreas de tierra que pertenecían al ejido. Así que organizamos a los campesinos de la región e iniciamos un movimiento de invasión y recuperación de tierras. Los caciques de la región pusieron el grito en el cielo. Conformamos la organización campesina Socorro Rivera. Fueron años convulsivos.

La escuela secundaria se convirtió en un centro de formación política y en nuestro cuartel general. Ahí todo era camaradería y felicidad. Los estudiantes organizaron festivales culturales con contenido revolucionario. Montamos varias obras de teatro de Bertolt Brecht y recorrimos los pueblos de la región. Además de recaudar fondos para la escuela, estas actividades culturales eran un vehículo ideológico de agitación social. Ni qué decir de la enemistad que generamos con los representantes eclesiásticos del pueblo. En el púlpito de la iglesia,

el párroco nos acusaba de comunistas come niños, y nosotros, en los honores a la bandera, vociferábamos contra los curas pedófilos y vende patrias. Emprendimos una verdadera lucha de clases en la región.

Cómo no recordar a Ángel Hernández Triana, si fue nuestro maestro y nuestro dirigente político en aquellos años en los que trabajé en Nicolás Bravo. Era un médico titulado, un hombre culto y profesional. Era un baúl infinito de sabiduría, leía de forma intensa y voraz. Conocía todos los autores marxistas. No tenía ni una laguna intelectual. Además, era un político sagaz, siempre vencía con argumentos a sus peores enemigos. ¿Qué puedo decir? Ángel se convirtió en nuestro referente político. Me protegió y me vigiló durante mi embarazo. Siempre estuvo a mi lado en los momentos más difíciles de mi vida. Era un hombre muy atractivo, muy guapo. Estaba enamorado de mí, pero nunca realizó, ni por error, alguna insinuación. Respetó de forma escrupulosa nuestra relación política y profesional. Incluso fue él quien me gestionó el cambio de centro de trabajo a mi pueblo natal. Estoy segura, porque él mismo me lo confesó años después, que le dolió en el alma mi salida de Nicolás Bravo. Pero esa era la única forma de estar cerca de mi hijo.

El pueblo de Nicolás Bravo está asociado de forma inconfundible a este gran personaje. Con el correr de los años, Hernández Triana sería también mi maestro en los estudios de posgrado. Llegó a ocupar la dirección general de los Servicios Educativos del Estado de Chihuahua. Podría asegurar que es el personaje más insigne que ha desempeñado una función pública por estos lares. ¿Qué más puedo decir? Es el amigo más querido que he tenido en la vida. Es todo. ¡Ya! ¡Apaga ese aparato!

No podía dejar impune un desfaldo de tales dimensiones al patrimonio público. Así que

Ángel Hernández Triana decidió acudir a la Ciudad de México a denunciar al profesor Gerardo Barbosa, su antecesor en la dirección de la escuela secundaria de Nicolás Bravo. Se presentó ante las oficinas de la Secretaría de Educación Pública. Días antes había reunido al personal de la escuela y a la sociedad de padres de familia para explicarles el motivo de su visita a la capital del país. Prometió que se haría justicia, que no volvería con las manos vacías.

Se hospedó en un pequeño hostel para turistas extranjeros en el centro histórico de la ciudad. Pidió una habitación compartida con el propósito de economizar gastos. Al siguiente día, muy temprano, salió con dirección a la calle Donceles, según indicaciones recibidas por teléfono. Preguntó por el titular del departamento jurídico. Indicó que tenía una cita apartada con anticipación. Le pidieron que esperara un momento, que la persona responsable todavía no había arribado al lugar. Hizo antesala más de una hora. Se propuso esperar la vida entera si era necesario con tal de denunciar al sinvergüenza del profesor Barbosa.

—Disculpe, joven, ¿cuál es su nombre y su lugar de procedencia? —preguntó una bella mujer que ocupaba el puesto de recepcionista.

—Ángel Hernández Triana. Soy director de una escuela secundaria y vengo desde el estado de Chihuahua.

—Muy bien. Permítame un momento. Enseñe lo paso.

Ángel esperó otros cinco minutos, cuando la recepcionista regresó para indicarle que pasara a la puerta que tenía en frente. Un hombre alto, fornido, de piel morena y barba tupida lo estaba esperando.

—¡Pásale, paisano! Yo también soy originario de Chihuahua. Siéntate, por favor —dijo,

efusivo, el funcionario mientras le estrechaba fuerte la mano a manera de saludo.

— Buenos días. Mi nombre es Ángel Hernández Triana.

— Sí, ya lo sé. Gerardo Barbosa, para servirte.

— ¿Gerardo Barbosa? — preguntó Ángel, estupefacto.

— El mismo que viste y calza. Ahora soy el nuevo jefe del departamento jurídico. Pero, dime ¿qué asunto te trae por estos lugares? — preguntó el profesor Barbosa en tono amistoso.

— No, pues nada. Aquí nada más pasando a saludar a los paisanos — respondió Ángel, desilusionado.

— ¡Mira qué pequeño es el mundo! Tú y yo ya nos conocíamos paisano — dijo con tono festivo el funcionario.

— No lo recuerdo, pero su cara me parece conocida.

— ¿Cómo no? Yo trabajé como director en la secundaria de Nicolás Bravo.

— Sí. Ya lo ubiqué — comentó, escéptico, Ángel.

— Pues, me debes una, paisano.

— No entiendo — dijo Ángel, intrigado.

— Yo soy el profeta que te anunció el apocalipsis en El Ángel Negro.

Rigoberto Martínez Escárcega. Doctor en Educación por la Universidad de Tijuana, México; director general del Centro Latinoamericano de Pensamiento Crítico; catedrático invitado de la Universidad Católica de Manizales, Colombia. Principales libros publicados: *La epistemología rupturista, reflexiones sobre un psicoanálisis del objeto* (2011); *Batman y la lucha de clases* (2016); *Pedagogía rupturista, psicoanálisis de las prácticas contestatarias en la vida escolar* (2021).

Las bragas de dios

Julio César Ramírez

No sé en qué momento de día en día me fue amistando con el Sancho Parce, el hecho es que ya después nos íbamos a tomar pa no perder el hábito de lo pagano así ya el esplín me empujara a buscar otras cosas a ser variable y ondeante como dijo el poeta, pero el alcohol también tiene su elemental, sino que hay que saber pegarle donde es, entender su frecuencia, saber en qué tono es que canta, como con la ganya... el video es lograr que nada toque nada ¿sí han visto esos cuadros de Dalí? Y que el propósito

no se pierda, todos los actos del hombre tienen una dirección, un rumbo por así decirlo, sino que el humanoide por juzgarse y juzgar todo, que es bueno, que malo, que blanco, que negro, así con todos los actos. El Siddhartha decía que “todo es necesario” pues si es necesario caer lo má bajo que se pueda caer para después elevarse como el efecto paracaídas de Huidobro, pues lo mejor es ir dando tumbos hasta que de repente uno se transforme y si no se transforma que se lo lleve el caos reptante.